

más deshonesto, recubrir esa política con el manto de la coexistencia, con la piel de cordero de los viajes a Moscú y a Pekín, que estaban mandados, ordenados por los votos por los que existían él y su partido. De los votos que supo arrebatarse por cualquier medio a su oponente electoral, el senador Mac Govern, a quien el espionaje fue dejando, uno a uno, sin sus temas principales de campaña electoral.

A esta distancia de un par de años, y en vísperas de unas elecciones poco estimulantes, puede verse que la política general de Estados Unidos no ha cambiado demasiado con la evicción de Nixon. Comenzó a ser distinta en esencia en el momento en que las primeras acusaciones, las de Bernstein y Woodward, pudieron apuntar a la Casa Blanca, y su inmunidad se resquebrajó, y su poder omnimodo comenzó a no serlo. Pero los cambios no son repentinos. Una larga mentalidad se viene arrastrando: el "sueño americano" no comenzó a

ser pesadilla con Nixon, sino antes, y la pesadilla general no ha terminado con sólo este episodio. Pero sí hay que considerarlo como uno más, y, quizá, el más significativo, en una escala de sucesos mundiales: los que terminaron con las dictaduras de Grecia y Portugal, los que decidieron el neto progreso de la izquierda en Italia y la unidad de la izquierda en Francia, los que establecieron gobiernos socialistas en numerosos países de Europa (por moderados, por tímidos que parezcan). Es, en realidad, el final de la posguerra. La guerra fría empuñó el idealismo de los años en que se fundaba un mundo nuevo en San Francisco y contribuyó a la depauperación de las democracias hasta darles un carácter puramente espectral. La guerra fría comenzó a terminar con la presidencia de Kennedy, y su asesinato sirvió para volver la situación más atrás; comienza ahora a terminar otra vez, y la caída de Nixon fue uno de los episodios más

importantes en las pautas de la nueva era. Ha tenido retrocesos —toda la situación latinoamericana, todo el colonialismo económico de Europa—, pero su advenimiento es ineluctable, en un tiempo no determinado. Más que una picaresca local, más que un combate puramente washingtoniano —y, desgraciadamente, el film que se estrena ahora en España está muy reducido a esa pequeñez local, o da esa sensación— hay que ver en esa defenestración metafórica del último Presidente venido del frío el comienzo de una era en la que él mismo quiso introducirse por astucia y no por convicción.

La película "Todos los hombres del Presidente" comienza cuando el joven reportero Woodward encuentra el gran filón político y periodístico; termina cuando ya el tema es público y pertenece a todos, y se resuelve —mal— con una serie de noticias de teletipo que legan hasta la caída de Nixon. Es la película de una acción periodística, lle-

vada adelante por encima de todas las advertencias, de todas las amenazas —la de la suspensión del periódico, la de acabar con las vidas de los reporteros, la de la destitución del director del periódico—. Queda transcrita la finalidad de una profesión, y queda transcrita sin énfasis, sin apelativos a la grandeza y el honor, a las virtudes de los defensores de la información veraz, sino simplemente como una descripción de la humildad de un oficio que puede acabar con el Presidente del mundo simplemente porque se ejerza con calidad profesional y con entereza personal. Si las virtudes cinematográficas del film hubiesen estado a mayor altura, la película sería un monumento a la libertad de prensa. Aun con sus fallos, es perfectamente eficaz en el actual momento español, en el que la humildad y la sencillez de este oficio, cuando se ejerce con honestidad, están clarificando toda la vida nacional. ■

Watergate en el cine

ERA previsible que Hollywood no despreciara la oportunidad de convertir en película taquillera el escándalo Watergate. No son sus intenciones (las del mundillo de los productores que conforman ese monstruo de la industria cinematográfica norteamericana) hacer del cine un medio de lucha por mantener la democracia de su país, sino mantenerlo vivo como gallina de huevos de oro. Y si Watergate ha sido el suceso más importante de los últimos años con capacidad para convocar la atención de todo el pueblo norteamericano; si el libro "Todos los hombres del Presidente" ha sido un "best-seller", no hay posibilidad de resistirse a la continuación del éxito. Para ello se combinan ágilmente los nombres de actores hoy populares: Robert Redford (uno de los productores de la película) y Dustin Hoffman. Cualquiera de ellos podría ser suficiente para atraer al público, pero "dada la importancia del caso Watergate" se multiplica el reparto. Otros actores secundarios (Martin Balsam o Jason Robards) completarán el "touche".

La estructura narrativa que precisa la película para no convertirla fácilmente en un alegato contra la corrupción de algunos elementos del Gobierno o en esquemática defensa de la libertad de prensa (simplicidad que podría destruir el éxito taquillero, puesto que ya el público conoce esos datos y está un poco harta del cine simplón de buenos y malos), es confiada al director que ya en películas suyas anteriores había contado prácticamente esta historia:

Alan J. Pakula, cuyo "El último testigo", por ejemplo, era una presentación de los confusos mecanismos del poder para mantenerse en él, Pakula, pues, no hará un panfleto, sino que convertirá la película en un minucioso estudio de las peripecias de los periodistas del "Washington Post" que iniciaron la investigación sobre el Watergate, entre sacando de ese estudio los elementos básicos de la película: 1) Debe ser históricamente objetiva. 2) Debe tener carácter de documento histórico, pero con implicaciones combativas: algún discurso sobre la democracia y la libertad de prensa. 3) No debe abandonar las posibilidades de los actores y, entre todo el follón watergatiano, son necesarias algunas muecas que recuerden al espectador que está ante dos "monstruos" de la interpretación.

Si, siguiendo, pues, al servicio de los elementos que aparentemente convierten la película en un nuevo éxito comercial, Pakula debe hacer una película honesta y personal (que en sus planteamientos comerciales es una necesidad más de cara a la taquilla).

Lo que parece un pequeño error de composición en el resultado final de la película es que, fuera de los Estados Unidos, la mitad de los datos denunciadores que se muestran carecen de la mínima fuerza emocional. Ni los nombres de algunos senadores, ministros o altos cargos de la Casa Blanca tienen en Europa la popularidad que en el proceso real norteamericano tuvieron, ni esa objetividad narrativa que no comprometa a republicanos ni demócratas



Dustin Hoffman y Robert Redford son los periodistas Bernstein y Woodward en el film de Pakula.

(con el fin de no prescindir de ningún espectador) tiene en Europa importancia. Quiere esto decir que en la detallada combinación de los elementos comerciales se ha olvidado a otro consumidor del cine norteamericano. Y aquí "Todos los hombres del Presidente" no deja de ser una repetición innecesaria de sucesos generales ya conocidos. No existe la vinculación emocional que podría aportar un espectador norteamericano ni el espectáculo suficiente para interesar por otros motivos. Y es que la película no debía haberse limitado a ilustrar la narración del libro, sino continuar el "discurso" en un análisis

más generalizador. Las implicaciones políticas inmediatas del caso Watergate son una cosa, pero la realidad que las hace posibles, otra más amplia y de mayor importancia. Esto, sin embargo, podía haber limitado, como se apunta más arriba, el número de consumidores. Y no nos engañemos: este tipo de películas nace de un concreto análisis de mercado. El resto, si es que lo hay, corresponderá ya a la línea general del trabajo de un director. Pakula, como se ha dicho también, había realizado esta película anteriormente con más limitaciones y con mayor virulencia. Aquí se repite y mal. ■ DIEGO GALAN.